



EL MATRIMONIO SE REUNE

TURISMO HISPANO AMERICANO, atendiendo a la solicitud de gran número de suscriptores, crea un nuevo servicio **ESPECIAL PARA MATRIMONIOS**, cuyos particulares más importantes son los siguientes:

A todo matrimonio que como tal se inscriba en Turismo Hispano-Americano, tendrá derecho a un 30% de descuento en las cuotas de inscripción.

A todo esposo, suscriptor de Turismo Hispano-Americano, que inscriba a su esposa, o viceversa, se le concederá 20% de descuento en la Cuota de Entrada del nuevo miembro.

A todo suscriptor de Turismo Hispano-Americano que se case e inscriba a su esposa, se le concederá 20% de descuento en las Cuotas de Entrada.

Estas inscripciones darán derecho a todos los beneficios de Turismo Hispano-Americano, a saber:

- | | |
|--------------------------|-----------------------|
| 1º—VIAJES REBAJADOS. | 3º—VIAJES A PLAZOS. |
| 2º—VIAJES DE CONSTANCIA. | 4º—VIAJES SANITARIOS. |

Las siguientes conocidas personas administran y colaboran directamente al mayor engrandecimiento de la gran obra hispano-cubana que lleva a cabo como un verdadero apostolado patriótico.

TURISMO HISPANO--AMERICANO.

Llene este cupón y envíelo en seguida.
(Cupón DIARIO DE LA MARINA)

PRESIDENTE
DON JOSE MARIMON Y JULIACH, Presidente del "Banco Español de la Isla de Cuba" y de la "Cámara Española de Comercio, Industria y Navegación."

VICE-PRESIDENTE
DON SECUNDINO BAÑOS, Presidente del "Casino Español de la Habana" y Presidente del "Comité Ejecutivo de las Colonias Españolas Confederadas."

CONSEJEROS
DON EUGENIO MANACH, Presidente del "Centro Gallego de la Habana."—DON SEGUNDO CASTELEIRO, Presidente de la "Asociación de Dependientes del Comercio de la Habana."—DON VICENTE FERNANDEZ RIANO, Presidente del "Centro Asturiano de la Habana."—SEÑOR CONDE DE SAGUNTO, Presidente del "Centro Castellano de la Habana."—DON SIXTO ABREU, Presidente del "Centro Canario de la Habana."—DON ARMANDO GODOY, Vicepresidente del "Banco Español" de la Isla de Cuba.—DON MANUEL OTADUY, Agente General, Consignatario de la Compañía Trasatlántica Española.—DON RAMON LOPEZ, Gerente de la firma R. López y Ca. S. en C. Consejero del Banco Español de la Isla de Cuba; Consejero de la Compañía Cervecería Internacional; Consejero de la Compañía Vidriera de Cuba; Consejero de la Sociedad de Seguros "La Mercantil."—DON GABRIEL R. ESPAÑA, Ex-Gobernador Civil y ex-Diputado a Cortes.—DON MANUEL DE JESUS MANDULEY, Letrado Consultor del "Banco Territorial de Cuba."—DON ANTONIO RIVERO, Vicepresidente de la Fábrica de Tabacos "Por Larrañaga", de la Habana.

TURISMO HISPANO-AMERICANO
PRADO, 68.—HABANA.

Deseamos inscribirnos en su nuevo "Servicio Especial de Matrimonios" que otorga un 30% en las Cuotas de Entrada.

ESPOSO, nombre

ESPOSA, nombre

DIRECCION

Deseo inscribir a mi ^{ESPOSO} (Tache el que no sea) acogiéndome a su oferta de 20% de descuento en la Cuota de Entrada.

NOMBRE DEL SUSCRITOR

NUMERO DE INSCRIPCION

DIRECCION

Nombre de ^{EL ESPOSO} a quien desea inscribirse _{LA ESPOSA}

¡TURISMO REUNE A LA FAMILIA!
NO TE MUERAS SIN IR A ESPAÑA

MODAS, LITERATURA Y ARTE

LA CUENTA

—¿Se puede?
—Adelante.
—Soy yo...
—¿Usted?
—Yo mismo.
—¿Qué sorpresa!
—¿Ha dicho usted sorpresa?
—Sí, porque acabo de levantarme y me encuentra usted vestido.
—¿Y bien?
—Claro está, un hombre vestido no necesita para nada a un sastre.
—Certo; pero es el caso que hace ya tres años estaba usted desnudo.
—Ya lo creo; esa era precisamente mi situación todas las noches un momento antes de acostarme. ¡Desnudo!... ¡Frotador!... Ese es hasta ahora por lo menos el destino del hombre, porque todavía no se han descubierto los sastres prehistóricos. ¿Conoce usted a alguien que haya venido al mundo siquiera en bata?
—No, puedo asegurarlo bajo mi palabra, pues casualmente por eso yo he aplicado mis talentos a esa primera necesidad del hombre: ya me conoce usted; soy el sastre.
—¡Honroso ejercicio!... El pudor debe estarle a usted muy agradecido; se ha encargado usted de la decencia pública. Es una cuestión de policía urbana, y yo no tengo que ver con las cosas del Ayuntamiento.
—Enhorabuena; pero como yo le estoy vistiendo a usted hace ya tres años bobos...
—¿Y qué?
—Nada; que la cuenta empieza a ser demasiado larga.
—¡Exigencia singular! Todos los días me visto yo a mí mismo de pies a cabeza y todavía no he tenido cuenta conmigo.
—Es posible.
—Además, si la cuenta es larga, córtela usted por donde quiera. ¿Para qué es usted sastre? ¿No tiene usted las tijeras en la mano?
—No nos entendemos; lo que yo digo es que la que ha hecho, páguela usted y asunto concluido.
—¿De manera que usted quiere vestirse de balde?
—Lógica, señor maestro, lógica, y sobre todo moral. Usted sabe muy bien que la desnudez no está permitida desde el día aquel en que Adán y Eva, por razones que no son de este momento, cayeron en la cuenta que se hallaban desnudos; entonces la parra, más instruida que usted en las obras de misericordia, les ofreció generosamente una hoja con que hacer aquella primera toilette, origen de los diferentes estilos suntuarios con que se engalana el género humano. Pues bien, ¿quiere usted ser menos que una parra?... La cosa es muy sencilla; decídeses usted alcorconque y estamos del otro lado.
—Señor mío, eso es andar por las ramas; yo no soy ni más ni menos que un sastre acreditado que viene a pedir su cuenta.
—¿A pedir su cuenta!... ¡Santa Dios!... ¡No me queda más que ver! ¡Pídeme la cuenta a mí, cuando es usted el que la trae! ¿No hay manicomios en el mundo?
—Hablemos a palmos. Usted se amontona y todo lo confunde. Yo traigo la cuenta; eso es, aquí está que no me dejará mentir; yo la traigo, sí, claro es, para que usted la pague. Me parece que no hablo en latín.
—Pues ahí tiene usted lo que es la desmoralización de estos tiempos. Venga usted acá, hombre de Dios; vestir al desnudo ha sido siempre una obra de misericordia. Ejemplos: Sem y Japhet cubrieron con una capa la desnudez de Noé; San Martín partió su capa con un pobre... ¡Cuántas mujeres no se quedan para vestir imágenes! La Providencia viste de plumas a los pájaros, de piel a los cuadrúpedos, de hojas a los árboles; la historia y la naturaleza se levantan indignadas contra las locas pretensiones de esa cuenta que se ha tomado usted la molestia de traerme. ¿Qué es lo que usted quiere? ¿Poner a precio la verdad? ¿Y a título de qué? ¿A título de que es usted sastre? ¿Quién le ha concedido a usted el derecho de especular con la decencia pública? ¿Qué especie de para es la que pretende usted imponerle al pudor?
—Yo lo que quiero sencillamente es que se haga usted cargo...
J. Selgas.

CONTINUARA.



TRAJES DE NIÑAS.

¿Hay algún país en que no se dé enseñanza religiosa en los colegios?

giosa hasta tal extremo, que para no molestar a nadie en sus creencias, en las escuelas públicas no se enseña absolutamente ninguna religión, sino sólo reglas de moral, generales a todas.
Como consecuencia de este sistema, se ve que en muchas familias el padre sigue una religión, la madre otra y los hijos otra.
Las dos religiones principales del Japón son la de Sinto y la de Buda. La primera es la más antigua, pero la segunda es conquistada muchos adeptos por sus doctrinas atractivas. Las doctrinas de Sinto son, dichas en pocas palabras, la adoración de la Naturaleza y de los antepasados de la familia imperial. Actualmente hay en el Japón muchos cristianos, especialmente entre los oficiales del ejército que han hecho sus estudios en Inglaterra o en los Estados Unidos.

Apuntes y recortes

El elefante está en disposición de trabajar desde los doce hasta los 80 años de edad.
Los paraguayos se usaron en la China y en el Japón antes que en ninguna parte.
Las personas de cabello rojo son las menos predispuestas a la calvicie.
Las modas femeninas no han cambiado en el Japón desde hace 2,500 años.
Nada menos que 700,000 habitantes de Londres, viven casi exclusivamente del crimen, según un semanario londinense.
Es muy difícil encontrar dos huellas de dedo iguales. Cálculase menos de una probabilidad por 64,000,000 de dedos.
Los zorros olfatean la presencia de un hombre desde medio kilómetro de distancia, siempre que el aire sopla en dirección favorable.
Los negros no estornudan nunca, no sólo en África, sino en cualquier otra parte del mundo, siempre que sean de pura raza.
Costando tanto como un buen caballo, el camello tiene las ventajas de correr más, vivir más tiempo y soportar una carga tres veces mayor.
La estatua de bronce más grande del mundo es la de Pedro el Grande, en San Petersburgo. Pesa mil toneladas.
En Hannover se ha formado una liga para la abolición de las campanas de los templos y los aplausos en teatros.
El noventa por ciento, por lo menos, de los dolores neurálgicos de cabeza, se atribuyen a defectos de los ojos.
El gobierno de los Estados Unidos está estudiando la manera de estar en los sobres de todas las cartas que pasan por correo, una nota concisa con las predicciones meteorológicas del día.
En las líneas férreas del estado de Prusia se atiende muy bien a los perros. Últimamente se ha aumentado el confort de los turistas caninos con calefacción de agua caliente y colchones de muelles.
Doscientas operarias de una fábrica de sombreros de South Norwalk (Estados Unidos), se han declarado en huelga, porque los jefes querían saber la edad que tenían a fin de cubrir tres plazas de inspectoras, con las tres operarias más viejas.

FOLLETIN 22

HENRY BORDEAUX NIEVE SOBRE LAS HUELLAS

De venta en la Librería Cervantes
Galiano número 62.

aquella acogida toda su voluntad de vivir, con el valor de que había dado pruebas, fué ella al fin—y no él—quien evocó el pasado:
—Sí, dijo ella, te he llamado. Te he llamado porque estaba a punto de morir. No quería partir así, bien lo comprendes. Después, no he muerto al fin. Pero no ha sido culpa mía.
Con estas últimas palabras había tratado de bosquejar una sonrisa, sonrisa que ocultaba imperfectamente la deformación del rostro. Entre tanto él replicaba:
—¿Temas durante todo el viaje.
—¿Temas?... ¿Qué?
—No encontrarte viva.
—¡Ah!
Ella cerró los ojos. No se atrevía ya a ir más lejos. Su esperanza misma la hacía temblar. El porvenir que se preparaba, cuyas vagas posibilidades entreveía, la tenía suspensa. Y había un nombre que ascendía a sus labios, que pronunciaba interiormente y que no decía todavía.

—Ahora, dijo él, ya estás salvada, pero necesitas mucho reposo. Ya verás, cuidaremos de tí, y todo pasará.
—Sí, eres muy bueno.
Y teniendo presentes las indicaciones de Miguel Monestier, precisó casi sin pensarlo:
—Las instalaré a las dos en Caux. Ella sin saber a punto fijo si había comprendido preguntó tímidamente:
—¿Las dos?
—Por supuesto. Julieta está aquí.
—¿Julieta!
Fue una exclamación salida de las entrañas maternas, como si su hija recibiera la vida por segunda vez, y teniendo entre las suyas la mano de su marido, la atrajo hasta sus labios.
—Amigo mío... Entonces, ¿me has verdaderamente perdonado?
—¡Cállate! ¡Llévate! ¡Llévate! ¡Llévate! con un tono a la vez tan imperioso y tan tierno, que le sorprendió a él mismo como si escuchase a otra persona, a otra persona revestida del poder de remisión de un poder sacerdotal.
Había retirado su mano, y poniéndole el dedo sobre los labios para confirmar su mandamiento de silencio, añadió luego:
—No volvamos a hablar de esto. Jamás, jamás.
Era un compromiso definitivo y sagrado. Y lo asumía sin ninguna preparación, de una manera tan repentina que lo arrastraba mucho más allá de sus propias fuerzas. Y tuvo la sensación de haber abolido así los días funestos. Dejaba atrás la región enturbiada de la duda, de la incertidumbre, de la inquietud del espíritu

y del corazón, ascendiendo al dominio secreto de la calma interior, de la serenidad, como en pos de una ascensión muy ardua, se encuentra uno de pronto, sin haberse dado cuenta de los últimos pasos, salvados fácilmente por la atracción de la cima, sobre una llanura donde se respira un aire más ligero y vivificante, un aire que no ha sido de nadie respirado. Así experimentaba él una alegría nueva, radiante, infinita, que seguía el curso de todas sus venas, que lo embriagaba sin hacerlo delirar. Ella apaciguaba sus nervios exaltados en vez de conmovérselos. Era un reposo, una frescura de agua corriente en pos del asalto de todos sus recuerdos durante el viaje interminable, en pos de las lágrimas de aquella vigilia en que había espido la última ventana iluminada, en pos de la aridez de la mañana y la crueldad del interrogatorio. El amor mismo no la había hecho más feliz: como una mujer se enorgullecía al escuchar el primer acento de la vida que ha dado a luz en el dolor, acababa él de sorprender la primera palpitación del alma que había rescatado y pagaba bajo precio por este minuto inolvidable, con todo el conjunto pasado de miserias.
Aquella misma paz en que sentía dilatarse su ser, creía firmemente verla reflejarse en los ojos de su mujer. Al inclinarse, no vio sino el pobre rostro tumefacto, sin belleza ni expresión, pues la enferma había cerrado sus párpados otra vez. Y aquel pobre rostro, sin belleza ni expresión, lo contempló él con una delectación particular.

De buen grado habría besado las heridas, pero cuando los corazones se tocan entre sí, ninguna caricia podría añadir nada a sus transportes. Después de algunos instantes, inquieto al ver aquellos párpados obstinadamente cerrados, sintió el temor de que no se volvieran a abrir más.
—Teresa, dijo.
Y volvió a ver los ojos, los grandes ojos, hacía un momento trágico y ahora apaciguados, como había deseado verlos. Sin una frase, sin una palabra, sin un gesto, su enlace revivía más allá del amor y de la muerte.
Entre tanto, ella permanecía inmóvil, callada. El se dio cuenta de la conmoción excesiva que había experimentado en medio de su debilidad, y fué él entonces quien quiso hacerse perdonar, como si hubiese sido casi brutal:
—¿Debes estar excesivamente fatigada? ¿Quieres que te deje? Volveré más tarde. ¿O bien quieres que espere allí a un lado inmóvil?
—¡Oh, no! amigo mío, no es fatiga lo que siento. No sabría decirte... Estoy bien, estoy muy bien.
El se contentó con poner la mano sobre su frente, sobre su vendaje.
—Te han cortado tus cabellos, tus hermosos cabellos.
—Ha sido necesario.
Buscando algo que pudiese reanimarla mejor, preguntó:
—¿Quieres que vaya a traer a Julieta?
—¡Oh! sí, ve a buscarla... Julieta... Hace tanto tiempo... ¿Ha crecido mucho?
Y más bajo:

—¿Me recuerda todavía?
—Ha hablado de tí hace un momento.
—¿Será preciso? ¿Sabe que yo estoy aquí?
—Todavía no. Voy a prevenirla. Debe hallarse por la parte del lago con Mme. Acher, o acaso viendo los perros, que siempre le han gustado tanto.
—Certo. Ve pronto.
—¿Debo llamar a la religiosa entretanto?
—¡Oh! no tengo necesidad de nada estando tú aquí. De mí hijita y nada más.
—La idea de Julieta le hacía tender los brazos fuera del lecho. El vio aquella agitación.
—Un poco de paciencia, Teresa, y volveré con ella.
Salió del cuarto y cuando se vio otra vez en el corredor, se asombró de la ligereza de sus pasos, del placer que le daba el andar y de su respiración aligerada. Su alegría le arrebató. Era como si hubiese franqueado los abismos de la vida humana para ascender a una región donde las leyes de la pesantez no fuesen las mismas, donde habitase aquella dicha eternamente codiciada de todos, cuyo rostro nos es desconocido. Lo había bastado abandonarse al impulso de su corazón para verse libertado de toda amargura, para conocer un estado comparable a aquel estado de gracia en que se los creyentes en contacto directo con Dios.
Al extremo del corredor se cruzó con el padre Dornaz, que no se había alejado mucho y que dirigía hacia él

su mirada, experta en sondear los pensamientos.
—¿Deja usted ya a nuestra enferma? dijo el prior casi sonriendo.
—Ella no necesita de nadie. Espera a su hija y voy a buscarla.
—Muy bien, vaya usted, amigo mío. Y el religioso, desviándose, le dejó pasar.
El sol había reaparecido, convidando a los turistas a pasear. En el hospital casi vacío, Marcos no encontró a nadie que pudiese encaminarlo. Al azar, siguió el camino que había recorrido esa mañana, del lado de Italia. Al borde del lago, Julieta, vigilada por la institutriz asistía a la lección que el padre Sonnier le daba a los perros. Eran cinco o seis discípulos, de pelaje blanco y leonado, atentos, la nariz en alto, siguiendo el gesto del profesor que con su birrete en la cabeza, exponía una cosa difícil. El agua, negra habitualmente, brillaba con mil destellos, contribuía a la claridad del horizonte, armonizando con la nieve de las vertientes que servían de gradas y de murelles del circo. La niña seguía con mayor interés aquella clase al aire libre que sus propias enseñanzas de la Muetta. Se había agarrado con ambas manos al más grande de los perros, el cual, como experto consumado probablemente, estaba exento del ejercicio habitual. Sus pequeños dedos desaparecían entre el espeso pelaje. Una vez y otra abrazaba la potente cabeza y mientras Mme. Acher miraba a otra parte, le aplicaba un buen beso en el hocico. El animal no

se esquivaba ni movía apenas, dejándose tocar como un objeto indefenso, temeroso de asustar con el menor movimiento a su nueva amiga, pero cuando ésta, distraída, se alejaba un poco entonces el perro se aproximaba, se frotaba contra ella solicitando sus caricias.
Marcos, después de contemplar aquel cuadro un instante, llamó a su hija, quien protestó:
—¡Oh! papá, ¡no han concluido todavía!
Pero el padre Sonnier, más perspicaz de lo que daba a entender su estructura de coloso de las montañas, convocaba la trahilla:
—Ya nos vamos, señorita. Es la hora de la sopa para estos caballeros.
—¿Tan temprano? Entonces quiero besar otra vez a Barry.
—A los animales no se les besa, observó Mme. Acher, tratando de interponerse.
Pero la niña posaba ya sus labios sobre el surco blanco en la frente del perro, entre las dos manchas leonadas.
—Toma, toma.
—¿Por qué desobedece? preguntó Marcos con indulgencia.
—La niña señaló al perro que daba alcance a sus hermanos:
—Fué él que salvó a la dama.
—¿A cuál?
—¿A la del accidente.
Así la niña, sin saberlo, festejaba la salud de su madre.
Marcos la llevó consigo a toda prisa, y en tanto que la institutriz le

